



Asociación de Estudios  
Geopolíticos de las Drogas

# Boletín internacional de las drogas

Publicación gratuita

Diciembre 2000

AMÉRICA LATINA

## Perú: los silencios del escándalo Montesinos

**Hace ya casi dos meses que el Perú atraviesa por un escándalo sin precedentes. Éste ha llevado al presidente Fujimori a confirmar su renuncia anunciada algunos días atrás, luego de la difusión de una sorprendente videocasete en que aparece su más cercano colaborador, Vladimiro Montesinos, «comprando» a un diputado de oposición<sup>(1)</sup>.**

La prensa internacional no se ha privado de recordar con este motivo las infamias atribuidas a dicho personaje, en particular las masacres de opositores, pero no ha dicho nada sobre una eventual vinculación de Montesinos con el narcotráfico. Sólo una que otra alusión en relación al descubrimiento de una cuenta abierta por Montesinos en Suiza con 58 millones de dólares, por una parte, y a las revelaciones de Roberto Escobar, hermano de Pablo Escobar, quien acusa a Montesinos de haber recibido un millón de dólares para financiar la campaña presidencial de Fujimori en 1990 (acusación poco verosímil), por otra.

La prensa ha mantenido entonces una cierta vaguedad, lo que seguramente le conviene bastante a la CIA, a la cual Montesinos rindió muchos servicios desde la época de la guerra fría. Y sin embargo, hay numerosas informaciones al respecto, habiéndose abordado el tema en particular en las publicaciones del Observatorio Geopolítico de las Drogas (OGD).

Vladimiro Illich (su padre era comunista) Montesinos, llamado «la eminencia gris» por algunos, «Rasputín» por otros, irrumpe en la escena internacional junto con el abuso de autoridad del 5 de abril de 1992, que permitió al presidente Fujimori disolver el Congreso con el apoyo del Ejército. En esa oportunidad el periodista Sam Dillon, del *Miami Herald*, el influyente diario en inglés y castellano de Florida, publicó, basándose en un informe confidencial con fecha de 1991 de la Drug Enforcement Administration (DEA), que Montesinos dirigía bajo cuerda el Servicio de Inteligencia Nacional (SIN), y que estaba directamente implicado en el tráfico de drogas.

*Sigue al final*

1 • En septiembre recién pasado, la televisión peruana difundía un documento en el que aparece Montesinos dando dinero a un diputado de oposición. La filmación había sido ordenada sin duda por el propio Montesinos, con el objeto de poder someter a chantaje al diputado en caso de problema. Montesinos dispondría de una nutrida colección de este tipo de videocassetes.

Sam Dillon mostraba cómo Montesinos había contribuido, en las semanas que precedieron al golpe de Estado, al nombramiento en los puestos claves de la policía y del ejército de personajes vinculados al tráfico. Capitán del Ejército peruano en los años setenta, época en que los equipamientos militares eran comprados principalmente en Unión Soviética, fue dado de baja en 1976 y condenado a un año de cárcel por haber informado sobre los mismos a la CIA.

Cumplida su condena, Montesinos termina sus estudios de abogacía, especializándose a partir de comienzos de los años ochenta en la defensa de los grandes padrinos peruanos de la cocaína. Entre éstos se encuentran los hermanos Rodrigo López, infiltrados en los servicios de inteligencia y uno de los cuales, Reynaldo, llegó incluso a ser asesor de la policía antinarcóticos. El oficial-abogado, que mantenía entonces numerosas vinculaciones con redes de policías, fiscales y jueces corruptos, se especializa en particular en la desaparición de documentos comprometedores para sus clientes.

Cuando Gustavo Gorriti, eminente periodista de investigación, da cuenta de estos hechos en la revista peruana *Caretas*, Montesinos tratará de hacerlo «desaparecer». El escándalo fue tal que el abogado debió partir al extranjero para dejar pasar el temporal. Después de su regreso al país, en 1984, tomará como clientela a los oficiales que se habían enriquecido con el dinero del tráfico de cocaína durante la lucha contra la guerrilla de Sendero Luminoso, en el valle amazónico de Huallaga. La posibilidad de un ascenso fulgurante se presentará para Montesinos cuando Alberto

Fujimori, candidato a la elección presidencial de 1990, recurre a él. Para sorpresa general, Fujimori, descendiente de japoneses, desconocido hasta entonces, obtiene la segunda votación en la primera vuelta de las presidenciales, detrás del gran favorito, el escritor Mario Vargas Llosa. Pero su candidatura podría haberse visto invalidada, si ciertas denuncias hubiesen podido ser confirmadas. En efecto, circulaban rumores sobre la atribución ilegal en su favor de una propiedad proveniente de la privatización de una cooperativa agrícola, otros los acusaban de fraude fiscal. Montesinos, abogado de Fujimori, recurrirá una vez más a su siempre exitosa técnica de escamoteo de legajos comprometedores. Fujimori ganó la elección, pero Montesinos dispone ahora de documentos que le permiten presionarlo, y que le garantizan la impunidad.

Para no ser menos, el ejército ocupará, durante el golpe de Estado constitucional de 1992, el Palacio de Justicia, apoderándose, ante la presencia de testigos, de parte de los legajos que allí se encontraban, y que nunca más serán vistos.

A partir de ese momento Fujimori le atribuirá varias de las victorias políticas del nuevo gobierno, sin que sea posible saber qué participación le cupo realmente en el desmantelamiento de Sendero Luminoso, la negociación con Ecuador, la recuperación de la embajada japonesa de manos del Movimiento Revolucionario Tupac Amaru, e incluso en los progresos en la lucha antinarcóticos. Montesinos, que no dispone por lo demás de ningún estatus oficial dentro del gobierno, controla el SNI, ahora todopoderoso gracias a él.

Asociaciones de defensa de los Derechos Humanos denunciarán la implicación de Montesinos en las masacres de quince personas en noviembre de 1991 y de nueve estudiantes y un profesor de la Universidad de la Cantuta el año siguiente, acusados de ser simpatizantes de Sendero Luminoso. Una decena de militares, condenados por estos hechos, fueron amnistiados por Fujimori en 1995.

Un último episodio ilustra aún más claramente el tipo de maniobras a que se presta Montesinos. El 21 de agosto Fujimori anunciaba la participación de Montesinos en el desmantelamiento de la red que había vendido 10.000 kalachnikov a la guerrilla comunista de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). Ahora bien, una serie de elementos aportados por la prensa tienden a demostrar, por el contrario, la participación de militares de alto rango en este fructífero tráfico, y ello con el consentimiento de Montesinos.

No hay que descartar que la videocasete difundida a mediados de septiembre se le haya «caído» a la CIA, con el fin de hundir rápidamente a Montesinos.

### **El protector del tráfico de cocaína**

En este contexto no es sorprendente que, a partir del momento en que entra a controlar los servicios secretos, el «Rasputín» peruano se haya visto implicado en el tráfico de drogas. Uno de los grandes padrinos peruanos de la droga asociado al cártel colombiano de Cali, Demetrio Limonier Chavez Peñaherrera, alias «Vaticano», declaraba ante los jueces, en

agosto de 1996, que durante el año 1992 había pagado personalmente a Vladimiro Montesinos 50.000 dólares mensuales a cambio de informaciones sobre los operativos antinarcóticos, en particular de la DEA, en contra de su cuartel general. El acuerdo habría sido roto ante la exigencia por Montesinos de 100.000 dólares por semana. Cuando «Vaticano» fue detenido, Montesinos organizó, para silenciarlo, un juicio a

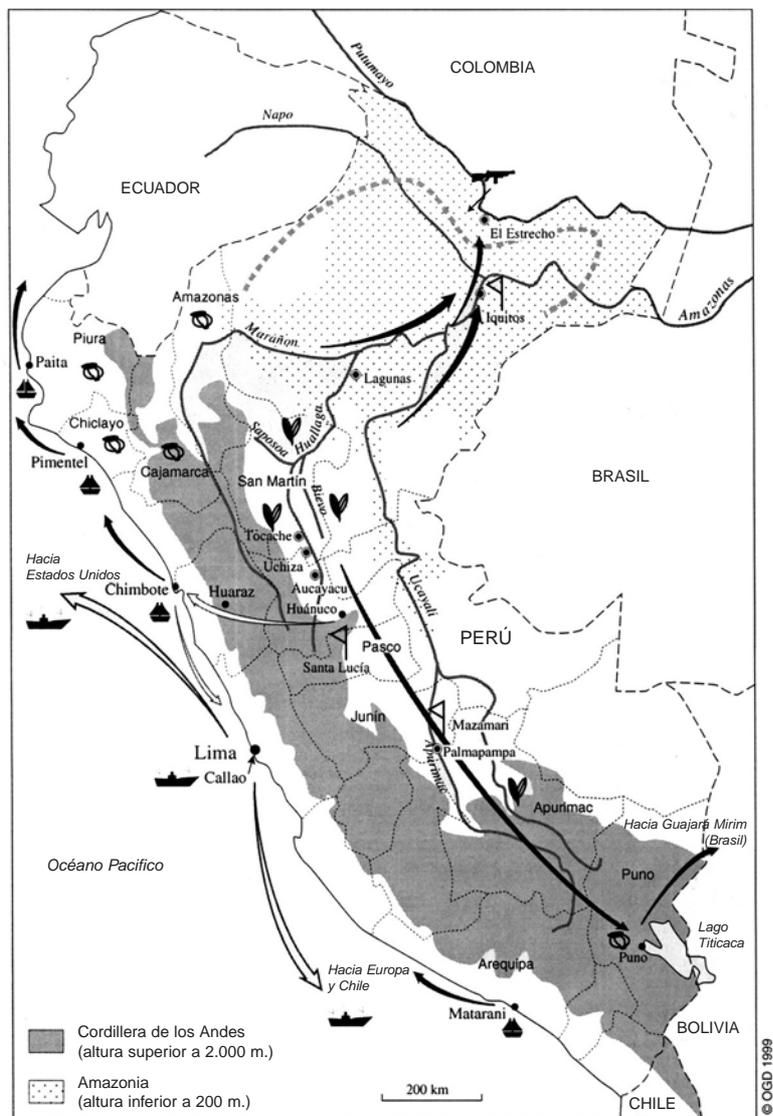
puerta cerrada ante un tribunal militar por delito de terrorismo. Fueron necesarios dos años y un nuevo proceso para que el padrino pudiese finalmente expresarse públicamente, para a fin de cuentas, luego sin duda de una transacción secreta, terminar por retractarse. El Congreso peruano, totalmente controlado por los partidarios de Fujimori, se negó a formar una comisión investigadora para esclarecer las acusaciones

de Vaticano, so pretexto que el papel de Montesinos como «asesor» de los servicios de inteligencia constituía un secreto de Estado.

El 10 de mayo de 1996 los estadounidenses descubrían 170 kilos de cocaína en un avión utilizado habitualmente por el presidente peruano y piloteado por uno de sus hombres de confianza, Escarcena Ichikawa. El 3 de julio del mismo año las aduanas canadienses descubrían otros 120 kilos en un barco de la marina peruana que hacía escala en Vancouver. El 19 del mismo mes eran detenidos los capitanes Aspe y Alemán, oficiales del SIN y por lo tanto bajo las órdenes directas de Montesinos, acusados de pertenecer a la banda del temible narcotraficante peruano «Mosquita loca».

El último capítulo de la serie «Montesinos y la droga» tuvo lugar a mediados de mayo de 1998. En visita oficial al Perú, el «Zar» antinarcóticos del gobierno Clinton, Barry McCaffrey, se reúne con responsables gubernamentales de la lucha antinarcóticos. Después de la partida del funcionario estadounidense, el *Canal 5* de la televisión peruana difundía un reportaje en el cual se ve a Montesinos declarar a McCaffrey que sería conveniente modificar la legislación en materia de represión del tráfico de droga. En realidad, esta conversación nunca existió; lo que aparece en el reportaje es el resultado de un montaje mediante la técnica de un plano general en el cual se encontraban los dos personajes, seguido de un campo-contracampo para hacer creer que se hablan (técnica igualmente utilizada por un periodista de televisión francés en una pretendida entrevista de Fidel Castro).

### CULTIVOS ILÍCITOS Y TRÁFICO DE COCAÍNA EN AMAZONIA PERUANA (1998 - 1999)



- Cocales
- Cultivos experimentales de amapola
- Base antidroga
- Centro de narcotráfico
- Infiltración de las FARC
- Línea de disposición de los radares estadounidenses
- Tráfico fluvial y marítimo de pasta básica
- Tráfico marítimo de clorhidrato de cocaína

Para responder a este falso reportaje, McCaffrey, rodeado de responsables de organizaciones de defensa de los Derechos Humanos, dará rápidamente una conferencia de prensa en Washington en la cual declarará sentirse «ofendido» por la manera en que Montesinos había «utilizado su visita para redorar su blasón ante los peruanos». Añadió que había escuchado «con mucha preocupación las alegaciones en contra del señor Montesinos y que debía reconocer que las compartía». McCaffrey olvidó solamente decir que había felicitado personalmente a Montesinos durante una visita precedente a Perú, en octubre de 1996, a pesar de que ya hacía tiempo que habían sido formuladas graves acusaciones en contra del responsable peruano.

Este caso ilustra una vez más la ambigüedad de la política exterior estadounidense, que se traduce en las oposiciones entre la DEA, otros responsables de la lucha antinarcóticos y la CIA. Para esta última, Montesinos era un hombre clave en la lucha contra del comunismo primero, y el terrorismo después. Dos buenos motivos que justifican el haber cerrado los ojos ante las implicaciones en el tráfico de drogas del más cercano consejero del presidente peruano. Tanto más cuanto Fujimori aplicaba en Perú la política de Estados Unidos para la región, en particular de privatización de la economía, que correspondía punto por punto a los deseos de Washington y del FMI. El presidente peruano era además uno de los pocos jefes de Estado favorables a una idea lanzada como balón de ensayo este año por el Departamento de Estado, a saber la constitu-

ción de una fuerza multinacional susceptible de intervenir en Colombia contra la «narcoguerrilla» marxista.

Fue necesaria la venta de armas por Montesinos y algunos militares peruanos a esta misma guerrilla marxista para que el principal asesor presidencial sea abandonado por sus protectores de Washington.

El 20 de noviembre el presidente peruano hacía pública su carta de renuncia. Finalmente, luego de que el Congreso peruano rechazara su renuncia para destituirlo, Alberto Fujimori se refugió en Japón. El señor Valentín Paniagua fue designado presidente interino. Montesinos aparece hoy como el chivo expiatorio de casos de corrupción que no hubieran podido desarrollarse sin el acuerdo de Fujimori, del Ejército peruano y de los propios Estados Unidos.